



«UMBERTO ECO INTENTA MISTERIOSOS PARALELISMOS UN TANTO DISCREPANTES CON SUS BUENOS PROPOSITOS INICIALES».

LA UTOPIA DE SAN UMBERTO

HACE no muchos años, en cualquier barrio de ciudad, los niños conocían el ciclo protocolario de los juegos. Cada estación tenía su juego, como tenía su vestuario y, en definitiva, su tono vital. No recuerdo bien si la peonza sustituía a las canicas o a modernas versiones de la «taba», convertida en tacón de caucho volandero. El ritual de los juegos desapareció bajo el alud del crecimiento del parque automovilístico. La campaña universal de incomunicación de masas, no contenta con la hegemonía insolidaria de la televisión, ni con la organización de la vida a tenor de la organización de la producción, buscó nuevos medios de incomunicación comunitaria.

El urbanismo represivo recortó las aceras, eliminó las plazas públicas, destruyó cuantos espacios verdes pudo. El corsé de hormigón y asfalto reprimió el espacio libre allí donde estuviera, no fuera a poblarse de gentes intercambiantes de observaciones y quejas, no fueran a convertirse en caballos de Troya en Troya. Solitario e insolidario, el animal urbano ha perdido la alegría del juego como acto gratuito. Reivindicar el juego es un acto subversivo: al juego de la peonza me refiero. Porque reivindicar el juego de la peonza significa acuchillar el enmarcado garabato donde crece y crece la producción de automóviles. Y si acuchillamos el cuadro donde crece y crece la producción de automóviles, las fábricas

de automóviles quiebran. Miles de obreros se quedan en situación de desempleo. Hacer una reconversión industrial no es cosa fácil, y miles de obreros desempleados pueden desencadenar una catástrofe política.

Jugar a la peonza. He aquí una, en apariencia, inocente reivindicación que puede desencadenar la tercera guerra mundial, el holocausto nuclear, la destrucción de un 70 por 100 del género humano y un lento amanecer de seres supervivientes, monstruosa mutación del «homo sapiens» en lagarto con braga-slip y una tarjeta del cuentacorrentista en Sears. Porque si, ávida del juego de la peonza, la Humanidad urbana empezara a incendiar coches, se hundiera la industria del

automóvil, las masas desempleadas se echaran a la calle, peligrara la supervivencia del poder capitalista, lo más probable es que la URSS invadiera el Principado de Mónaco y que a continuación, con lágrimas en los ojos, el Presidente Nixon enviara un proyectil dirigido con cabezota nuclear con destino al Principado de Andorra o a cualquier fábrica de cangrejo soviético en conserva, probablemente situada en un apacible pueblecillo del mar Negro.

Jugar a la peonza. Los lagartos con tarjeta Sears (herederos de la cultura y la civilización humanas) comenzarían su historia en un ecuador insólito: antes y después del capricho de jugar a la peonza. Los lagartos iniciarían la I Era Lagarterana, que probable-



ECO, NI VIRGEN NI MARTIR

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

mente irá desde la reivindicación del juego de la peonza hasta el descubrimiento lagarterano de que se está muy bien bajo el Sol (siglo IV d. J. d. L. p.). A nadie se le escapa lo importante que será para cualquier lagarto del futuro un descubrimiento semejante, un descubrimiento que puede equivaler al de la aspirina dentro de las coordenadas culturales del hombre liberal. Si la aspirina ha permitido perpetuar el sistema mediante la disminución del papel de la migraña en la inculcada tendencia humana a la agresividad, tomar el Sol en el s. IV de la Era Lagarterana significará un primer paso decisivo para que los lagartos descubran que el Sol en exceso es muy malo.

Y a partir de este descubri-

miento, lo que ustedes quieran. La maldica rueda de la discrepancia.

EL JUEGO DE LA FUTUROLOGIA

En el número 492 de la revista TRIUNFO apareció un conmovedor artículo de Umberto Eco sobre una más que probable entrada en una nueva Edad Media. Umberto Eco, con ayuda de Roberto Vacca, iniciaba el artículo imaginando una parálisis histórica no mucho más consistente que la parálisis del juego de la peonza, y proponía jugar a dibujar el retrato robot de una nueva Edad Media. Umberto Eco ha sido siempre un intelectual dialéctico y conoce los riesgos que corren

los intelectuales profetas. Los datos a nuestro alcance están cambiando cuando intentamos quitarles la vida, quitarles su tendencia a cambiar. Si los datos de predicción son tan mutables, a cualquiera se le revela el riesgo de predecir. Umberto Eco, pues, se cura en salud y dice dos cosas previas a meterse en el túnel del futuro: Estoy jugando a profetizar la Edad Media y, además, hay que reivindicar la Edad Media. Las dos curas en salud son contradictorias, como si uno quisiera curarse la diarrea con laxantes. Si cualquier niño juega a guardias y ladrones, no necesita reivindicar ni a los guardias ni a los ladrones. Se acepta que juegue, y uno sospecha que cuando los niños chinos continentales juegan a maocis-

tas y formosanos, el juego no necesita el previo acto clarificador de que Formosa no es tan colonia de los Estados Unidos como generalmente se cree.

Dice Eco que la Edad Media está cargada de peyoratividad, porque el Renacimiento mixtificó el sentido de lo medieval. De acuerdo en que el Renacimiento escribió la Historia que más le gustaba, trazando un puente que desde la Roma de los césares a la Florencia de los Medicis recorriera el tenebroso bosque de los osos medievales. De acuerdo en que una interpretación correcta de la Historia no desaprovecha ni siquiera quince días del mes de marzo del 754 d. d. C. Seguro que en esos quince días pasó algo importante para comprender lo su-

LA UTOPIA DE SAN UMBERTO ECO, NI VIRGEN NI MARTIR

cedido durante los días siguientes y quién sabe si aquellos hechos quincenales cambiaron el curso de la Historia. Pero a Eco se le escapa una preferencia sentimental por el Medioevo y las preferencias sentimentales ha y que reservarlas para los equipos de fútbol. Su capacidad de preferencia sentimental debía haberla gastado eligiendo entre el Inter o el Milán.

La preferencia sentimental de San Umberto Eco, monje carolingio de la hoy cosmópolis de Milán, está a punto de truncarnos el efecto óptico de jugar a «futuros» y sustituirlo por el efecto no menos óptico de jugar a «pasados». Aunque Eco de hecho especula con el replanteamiento de una Edad Media, no con el retorno a «aquella» Edad Media, intenta, sin embargo, hacer misteriosos paralelismos un tanto discrepantes con sus buenos propósitos iniciales. ¿A qué santo los paralelismos si no hay equivalencia entre épocas históricas? ¿A qué santo descargar de peyoratividad una época histórica precisamente como paso previo para profetizar una cierta dosis de retorno?

San Umberto Eco tiene demasiados intereses en juego para que se tome el juego como a un juego. No sé si queda claro. A medida que vamos entrando en su brillante ejercicio de equivalencias entre ucronía y utopía, descubrimos que o bien Eco tiene un inmenso talento de personaje apócrifo o tiene un inmenso pavor al futuro. Uno cree que el conmocionador artículo está escrito desde una solución ambigua para este enigma: por una parte Eco conserva la ironía de un personaje asumido, por otra parte no puede evitar el recurso de poner nombre a y de intentar «reconocer» el inquietante futuro de una Historia, precisamente cada día más imprevisible.

Si ese futuro tiene un nombre, aunque sea aproximativo, por ejemplo Nueva Edad Media, y si el hechicero que lo ha bautizado es consciente de que el descrédito del significativo ha impregnado injustamente al significado, ya se puede mirar con mayor confianza el porvenir.

A partir del momento en que Eco ya se ha tranquilizado, ya tie-

ne un nombre para el futuro, ya ha revaluado previsible significados, entonces se envalentona y empieza a encontrar embriones o quistes de futuro por todas partes. El arqueólogo invertido, ya no es un profeta entonces, ni siquiera juega; es un detective premonitorio que encuentra en el presente las huellas digitales de un futuro redimido de la mala fama del pasado.

La Edad Media, señoras y señores, militares y paisanos, represores y reprimidos, amas de casa y women's lib, ya no espera a la vuelta de la esquina. ¡La Edad Media está aquí!

LA MIRADA DEL ETERNO PADRE TOYNBEE

San Umberto Eco, monje carolingio ni virgen ni mártir (lo primero me consta por amistades femeninas comunes, y lo segundo, porque sigue siendo uno de los diez intelectuales europeos que no son ni maoístas, ni fascistas, ni partidarios del Mercado Común) no se ha comportado como un grosero «manager» de la ciencia-ficción, descubriendo aterrizajes marcianos en un misterioso claro de un bosque lombardo. Los invasores que busca San Umberto son invasores que vienen del planeta ucrónico de la Edad Media y al parecer son de fácil identificación.

«La historia se repite». «Los ciclos históricos se suceden a sí mismos». La epilepsia toynbiana resuena como último eco de las premoniciones de Eco. O tal vez todo se deba a una repentina parálisis del ángel de Walter Benjamin. El ángel de la historia benjaminiano avanza hacia el futuro caminando de espaldas, con los ojos fijos en el pasado. Es imprevisible lo que puede hacer ese ángel si sus posaderas topan con un muro. Un ángel racional trataría de dar la vuelta para comprender el obstáculo. Un ángel racional cansado de serlo, muy bien podría considerar que ha llegado el momento de imaginar el futuro situado más allá de esa pared y lo imagina sin otra posibilidad de evocación que los materiales que le brinda la paralizada contemplación del pasado.

Para empezar no habría Edad Media sin invasiones bárbaras. San Umberto Eco descubre a los bárbaros en el tercer mundo, en los contestatarios infiltrados dentro del orden burgués. Ya sabemos cómo acabó la otra Edad Antigua. Los dueños de la Historia presente también, y como San Umberto cometa la ingenuidad de señalar tanto a los bárbaros de nuevo cuño, no les salva nadie de la descarga de ametralladora, los campos de concentración y la policía del espíritu. Si algo ha aprendido el sistema represivo es lo suicida del determinismo. Parece como si a medida que lo aprendiera el sistema, lo olvidaran sus antagonistas.

Para continuar, San Umberto no es que ya sepa quienes son los nuevos bárbaros, sino que también descubre una organización «underground» de feudalismo. Con la colaboración de Fulvio Colombo, descubre el feudalismo de la Nueva Edad Media en la crisis de la institucionalización cimentada por el poder burgués. Los intereses privados se autogobiernan, tratan de crear sus castillos, su propia policía opresora. A esto se le podría llamar Crisis del Estado Burgués; San Umberto, en cambio, lo ve como un signo neo-medieval de reaparición de castillos y feudatarios volantes.

¿Ha desaparecido el consensus entre ciudadanía y sistema burgués? No diría tanto; simplemente está en cuestión, y el consensus está desequilibrado. Vietnam está en Vietnam, pero también está en la lucha de clases de la Fiat o en las acciones de estudiantes de Bachillerato contestatarios. La tensión permanente, el «clan» defensivo que sucede a la vietnamización de la ciudad moderna, ¿no replantea situaciones equivalentes en la ciudad medieval? San Umberto viaja mentalmente a una velocidad de años luz, velocidad desconocida en la Edad Media, pero algún ventajismo habrá que concederle. En unas treinta líneas ha descubierto huellas de bárbaros, de feudalismo, de pre-ciudad medieval; este largo resultado de la evolución de siglos convive con nosotros, como si se tratara de distintos sustratos de su invertido sentido de la orientación arqueológica.

Más restos paralelos. Hay una crisis de la civilización de consumo y un descrédito de los objetos. San Umberto la empareja nada más y nada menos con la fascinación por el incipiente consumo y el crédito de los objetos que experimentan las castas dirigentes en el Medioevo. Dice San Umberto que en el tesoro de Carlos IV de Bohemia coexistían una costilla de ballena, un diente de Santa Margarita y una servilleta utilizada en la última cena. Inmediatamente surge la comparación con una exposición «pop-art» en la que coexisten una silla eléctrica, una muñeca destripada y un paquete de «gitanes». La equivalencia es discutible. Si Carlos IV conservaba una costilla de ballena como un tesoro es porque la ballena era en la Edad Media un lujo de la razón. Todavía en el siglo XVIII es posible encontrar estudios de naturalistas intentando demostrar la existencia del hipopótamo, discurrir si era carne o pescado y basar sus afirmaciones en la cita de la autoridad del arzobispo de Tarragona. El valor de una costilla de ballena conservada en la Edad Media era el valor de lo insólito. Una costilla de ballena en la colección privada de, pongamos como ejemplo, el príncipe heredero del Reino Unido, sería un rasgo irónico hacia el mundo convertido en supermercado, un mundo en el que se puede comprar carne de ballena en las mejores charcuterías de Londres. Nada más que eso.

Pero San Umberto no tiene sentido de la medida. El entrañable clérigo ha querido encontrar compañeros de oficio arqueologizados y ha visto en los «hippies» una nueva orden mendicante, sin distinguir los «hippies» que se compran la lechuga cotidiana con dólares, los que la pagan con pesetas o los que se las llevan de los huertos. El clérigo mendicante de la Edad Media hizo todo lo que pudo para dejar de serlo y buena parte del más vital sensualismo de cualquier literatura romance se debe al talante de aquellos clérigos.

El «hippy», en cambio, es un excedente biológico y un histrion inexplicable sin la supervivencia del espíritu romántico-manchesteriano de la exaltación de la in-

dividualidad singular. De hecho, el «hippy» está financiado por la sociedad de consumo. Los pueblos del tercer mundo no son «hippies» y si se muestran cordiales con él es porque empiezan a valorar al turista, aunque sólo compre lechugas y hashish. Las divisas no conocen fronteras.

Entre las tentaciones del bueno de San Umberto debe constar una misteriosa fijación adolescente de la lectura de Toynbee. O eso o San Umberto es un humorista magistral, a la altura de Spiro Agnew o Chu-En-Lai.

HEREJES Y RELIGIONES

Pese al largo crédito concedido a la razón como instrumento de conocimiento y palanca de acción, San Umberto Eco ha encontrado huellas de religiosidad medieval en el mundo actual. Casi estoy de acuerdo. Por ejemplo, considera que el fervor religioso por Mao o el crédito telúrico por el «Ché» son estados de conciencia revolucionaria medievales. Simplemente, uno creería que son evidencias de que, lejos de haberse agotado la vía racional, aún le queda mucho por clarificar. Una cosa es la valoración objetiva del papel histórico de Mao o el «Ché» y otra cosa es el intento sofisticado y dialécticamente inútil de convertirlos en dioses, evangelistas, profetas y coartadas ejemplares para nuevos inquisidores generales. Sólo la máxima degeneración de la mala conciencia pequeño-burguesa explica la religiosidad con que ciertas gentes viven las transustanciaciones cotidianas del pan y el vino maoísta. O la degeneración de la conciencia pequeño-burguesa, o el oportunismo emotivo o la más burda parodia de historicidad.

El prestigio de la razón sigue sin merma. Descubierta la contingencia de toda sabiduría, a la razón sólo le falta descubrir un sistema de señales de alarma para cuando lo humano y lo histórico se disfraza de divino y cuadro sinóptico. Si el grupúsculo izquierdista ha sustituido al monolitismo organizativo del PC se ha debido en parte a la osadía ideológica de mucho irresponsable en posesión de veinte duros de sabiduría marxista convencional y

también, cómo no, a la pesadez de movimientos de autoclarificación histórica que padecen esos osos burocráticos en que se han convertido la mayor parte de partidos comunistas europeos. La crisis de la pequeña burguesía «marxistizada» y de los PC con cirrosis parlamentaria, han coincidido para provocar la inflación grupuscular. Este planteamiento no descalifica la lógica de algunas nuevas configuraciones revolucionarias, auténticamente creativas, no legitimadas por el voluntarismo, a veces difícilísimo, de hacer todo lo contrario de lo que programa el PC.

San Umberto no entra en este planteamiento. Para él los grupúsculos son herejes medievales

y al parecer forcejean con el monolitismo del PC, que también es muy medieval. Por ejemplo, la lamentable costumbre que tienen algunos escritores marxistas de no escribir ni una línea sin citar dos veces a Marx, una Engels y media a Lenin, San Umberto la emparenta con aquel respeto medieval por la Retórica. Es cierto que el escritor y el pensador medieval, aparentemente, no da ni un paso sin justificarlo en pasos anteriormente dados por los genios de la antigüedad o cualquier variante de Sagradas Escrituras. Pero cualquier lectura de Santo Tomás o de Chrétien de Troyes, por citar a un filósofo y a un prenovelista, nos revela que era una simple cuestión de protocolo;



NO SE HA VISTO LA DISTINCIÓN ENTRE
«LOS HIPPIES QUE SE COMPRAN LA LECHUGA COTIDIANA CON DOLARES,
LOS QUE LA PAGAN CON PESETAS
O LOS QUE SE LAS LLEVAN DE LOS HUERTOS».

como mantener normas de urbanidad. Porque los materiales retóricos quedan irreconocibles tras la manipulación de Chrétien, y Santo Tomás siempre iba a la suya, que no era, ni muchísimo menos, la de Averroes. De la misma manera que Averroes fue a la suya y se llevó por delante a Aristóteles.

En cambio, en el sonsonete cista de la más inútil y convencional cultura marxista actual no hay otra cosa que santo temor burocrático. En este aspecto, más que restos arqueológicos de Medioevo vislumbró restos arqueológicos de Contrarresforma. ¿Iremos hacia una nueva Edad Moderna y no hacia una nueva Edad Media?

MASSIMO RANIERI Y GONZALO DE BERCEO

Lástima que el autor de *Apocalípticos e integrados* no haya insistido en el único conato de equivalencia apreciable entre 1971 y la Edad Media: la equivalencia entre conformación de una subcultura medieval (las incipientes muestras de la lírica y de la épica en las lenguas romances) y una subcultura de masas actual. Pero aun la equivalencia de conformación subcultural no alcanza a la función plena de la subcultura en la Edad Media y en la actualidad. Entonces la cultura noble se expresaba en latín y cualquier nueva propuesta mítica subcultural debía disfrazarse o legitimarse de grecolatinismo y cristianismo. La subcultura de hoy tiene una similar lucha de reconocimiento frente a la cultura burguesa noble, pero alcanza su real valor como síntoma de un temple popular a medio camino entre la manipulación desde el poder y la necesidad de expresión.

Dice San Umberto Eco en su homilía o pastoral ucrónica, que hay «... quienes tratan desesperadamente de salvar la cultura antigua, creyéndose investidos de un mandato intelectual y continuamente se publican nuevas enciclopedias, digestos, revistas electrónicas de información, que, según Vacca, debían ser los encargados de transmitir a la posteridad un tesoro de conocimientos

¡ que sensación de confort
manejar
un **frigorífico**

de calidad!

Nuestros frigoríficos son de evaporación automática y con climatizador incorporado a la mantquera. El sistema anticarcha por descongelación programada, elimina automáticamente la escarcha y le ahorra toda clase de manipulación.

Y que satisfacción...

¡ saber que es **Corbora**!
la marca de prestigio



desde luego

Corbora
Corbora servicio seguro
COCINAS-FRIGORIFICOS-CALENTADORES

© COR-171

LA UTOPIA DE SAN UMBERTO ECO, NI VIRGEN NI MARTIR

que correrían de otro modo el riesgo de perderse en la catástrofe general». Optimista visión de las toneladas de cultura a todo color, encuadernada en piel, por fascículos o pedidos a domicilio, descuentos por pronto pago. Es decir, considerar a los promotores de las grandes enciclopedias ilustradas una especie de amanuenses mesiánico-culturales va a provocar más de una sorpresa. Un servidor ha colaborado en casi todas las enciclopedias que están bombardeando con napalm cultural las cabezas de la burguesía del país, y puedo asegurar que no hay la menor semejanza intencional entre San Isidoro de Sevilla y los señores Lara o Salvat. Ignoro si en Italia la cosa cambia, y San Umberto y su Virgilio (el mencionado Vacca) o su Beatriz (el mencionado Fulvio Colombo) descubren, tras los rasgos de los comerciantes del enciclopedismo, la iluminación anímica de desesperados capitanes de submarinos culturales hundidos.

La crisis de la sociedad burguesa no merece la tentación del catastrofismo, y ni siquiera el vano esfuerzo de quitar a la palabra catastrofismo su sentido insustituiblemente negativo, alegando que los que tal sentido le han dado son precisamente los ingenieros de puentes y caminos, interesados en que todo parezca catástrofe, interesada exigencia de construcción o remiendo. Tal vez desde una perspectiva milanesa, la tentación medieval tenga su encanto, ese encanto del perfume nostálgico del retorno a una infancia no freudiana, en la que el niño redimido de cualquier acusación de perverso polimórfico, recoge violetas en los prados de la Historia no contaminada, bajo la sombra protectora de las abadías, las almenas de los castillos, su padre, su madre, la familia, el gremio y el municipio (disculpen este rápido tránsito enumerativo desde la Alta a la Baja Edad Media). Desde Milán, tras más veinticinco años de forcejear con los límites racionales de la democracia formal, la tentación del borrón y cuenta nueva puede servir de sustitutivo ocasional del perpetuo estado de tensión por el aplazamiento de cambios de tan evidente necesidad.

Pero desde otras perspectivas históricas, donde uno de los problemas consiste en salir definitivamente de la Edad Media, perpetuada en un extraño formol, la tentación de San Umberto parece abusiva. Es como si al muerto de hambre histórica se le predicara sobre la necesidad de una sana abstinencia. O tal vez sólo se trate realmente de un juego, en cuyo caso San Umberto deberá considerar mis disquisiciones como un intento de participación lúdica; algo vigilante, eso sí, para evitar que juegos de este tipo, mal interpretados y asimilados por los dueños de la historia, se conviertan en una coartada de la movilización.

Desde el «ghetto» occidental, la tentación catastrófica (siempre asumida con una encantadora tendencia al relativismo lúdico) podría inducirnos a pensar que más que un retorno a una nueva Edad Media, asistimos al descubrimiento de que Occidente y su conciencia jamás se ha movido de la Edad Antigua y concretamente de Caldea. Los caldeos tenían una curiosa concepción del mundo. Consideraban que vivían en el fondo de un cubo y que los límites del mundo eran los límites geográficos que ellos conocían. Es como esos españoles creyentes de que el mundo termina por el Norte en los Pirineos y a partir de allí la nada, el infierno o las lloradas ruinas del III Reich. Uno creía que esta cosmogonía era sólo abusiva en España, pero al parecer el espíritu caldeo también forma parte de la conciencia progresista milanesa.

Rechacemos cualquier tentación de jugar ahora a caracterizar lo que sería una Europa-Caldea y un retorno a la Edad Antigua, cuyas características nos han llegado amañadas por la interpretación interesada que de ella hicieron medievales y renacentistas. Sería peligroso jugar a encontrar equivalencias entre Asurbanipal y el Presidente Nixon (las hay).

Sólo opongo una profecía a las muchas profecías disfrazadas de hipótesis que pueden encontrarse en la homilía o pastoral de San Umberto.

Es bastante probable que después de 1972 entremos en 1973 ■
M. V. M.